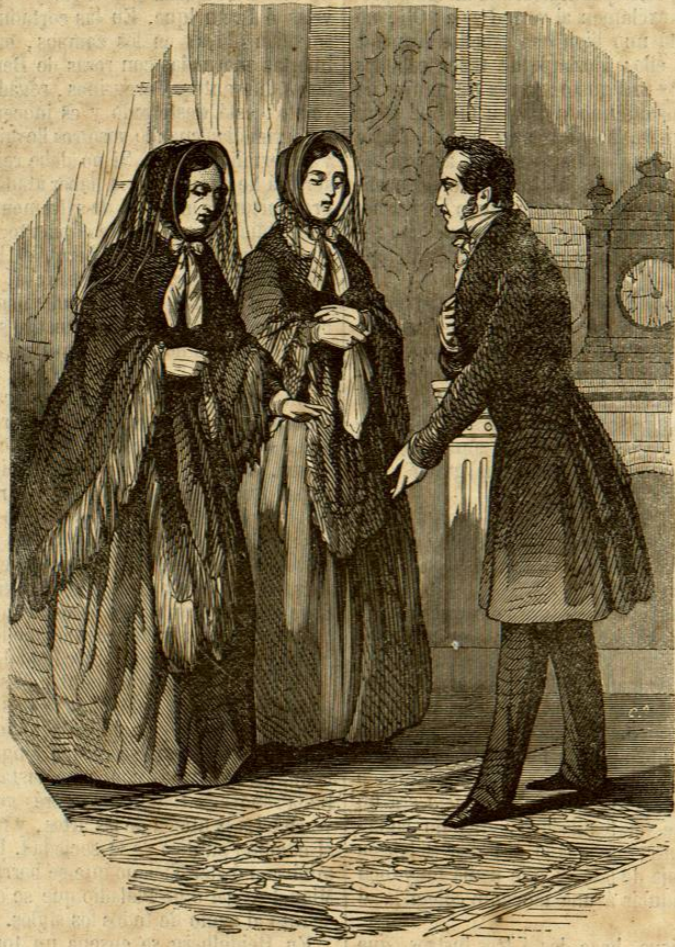


3 y 4 de junio de 1855.

cipal. La calle Mayor es ancha, y está plantada de árboles: esta es también una ciudad caída. No me gusta el oro falso, y así es que nunca he querido oro de Manheim; pero seguramente tengo oro de Tódosa, á juzgar por los desastres de mi vida: ¿quién, no obstante, ha respetado más que yo el templo de Apolo?

EL RHIN.—EL PALATINADO.—EJÉRCITO ARISTOCRÁTICO: EJÉRCITO PLEBEYO.—CONVENTO Y CASTILLO.—MONTES TONERRE.—POSADA SOLITARIA.—KAISERSLANTERN.—SUEÑO.—PÁJAROS.—SAARBRUCK.

Crucé el Rhin á las dos de la tarde, á tiempo que



LAS DOS SEÑORAS EN LYON.

subía el río un barco de vapor. ¿Qué hubiera dicho César si hubiese encontrado una máquina semejante cuando construía su puente.

Al otro lado del Rhin, en frente de Manheim, se vuelve á hallar la Baviera por efecto de odiosos cortes y enredos de los tratados de París, Viena y Aquisgram. Cada cual se formó su parte con tijeras, sin miramiento á la razón, á la humanidad y á la justicia, sin cuidarse de la parte de población que caía en una boca real.

Recorriendo el Palatinado de la parte acá del Rhin, recordaba que este país formaba no ha mucho un departamento de Francia; que la blanca Galia estaba ceñida por el Rhin, banda azul de la Germania. Napoleón y la república, antes que él, habían realizado el sueño de muchos reyes nuestros, y especialmente de Luis XIV. En tanto que no ocupemos nuestras fronteras naturales habrá guerra en Europa, porque el interés de la conservación impulsa á Francia á ganar los límites necesarios á su independencia nacio-

nal. Aquí hemos dejado trofeos para reclamar en su tiempo y lugar.

La llanura entre el Rhin y los montes Tonerre es triste: el suelo y los hombres parecen decir que su suerte no está fijada; que no pertenecen á pueblo alguno, y no parece sino que aguardan nuevas invasiones de ejércitos, como nuevas inundaciones del río. Los germanos de Tácito devastaban grandes espacios en su fronteras, y las dejaban despobladas entre ellas y los enemigos. ¡Desgraciadas las poblaciones limítrofes que cultivan los campos de batalla en donde deben encontrarse las naciones!

Al acercarme á.... vi un espectáculo melancólico: un bosque de pinos jóvenes de cinco á seis pies, cortados y atados en haces; una selva separada del suelo. He hablado del cementerio de Lucerna, en donde están reunidas aparte las sepulturas de los niños. Nunca he sentido con tanta viveza la necesidad de terminar mis viajes, de morir bajo la protección de una mano amiga aplicada á mi corazón, para interro-

garle cuando digan: «Ya no late.» Desde el borde de mi sepulcro querría poder echar una mirada retrospectiva de satisfacción sobre mis numerosos años, como un pontífice que llega al santuario bendice la larga fila de levitas que le sirvieron de acompañamiento.

Louvois incendió el Palatinado: desgraciadamente la mano que llevaba el hachón era la de Turena. La revolución ha devastado el mismo país, testigo y víctima sucesivamente de nuestras victorias aristocráticas y plebeyas. Basta el nombre de los guerreros para juzgar la diferencia de los tiempos. Por una parte Condé, Turena, Crequi, Luxemburgo, La Force, Villars; por otra Kellermann, Hoche, Pichegru, Moreau. No reneguemos de ninguno de nuestros triun-

fos: las glorias militares especialmente no han conocido más que enemigos de Francia, ni han tenido más que una opinión: sobre el campo de batalla el honor y el peligro nivelan las filas. Nuestros padres llamaban á la sangre que salía de una herida no mortal *sangre voluble*, frase característica de ese desden de la muerte, natural á los franceses en todos los siglos. Las instituciones no pueden cambiar nada de ese genio nacional. Los soldados que después de la muerte de Turena decían: «Que suelten la urraca, y acamparemos donde ella pare,» equivalían muy bien á los granaderos de Napoleón.

Desde las alturas de Dunkeim, primer baluarte de las Galias por este lado, se descubren asientos de reales y posiciones militares, desprovistas hoy de



REGRESO DE CHATEAUBRIAND Á FRANCIA.

soldados: burgundios, francos, godos, hunnos, suevos, oleadas del diluvio de los bárbaros, asaltaron sucesivamente aquellas alturas.

No lejos de Dunkeim se descubren las ruinas de un monasterio. Los monjes encerrados en aquel retiro habían visto serpentear á sus pies numerosos ejércitos y dado hospitalidad á muchos guerreros: allí había terminado su vida algún cruzado, cambiando su yelmo por un sayal: allí hubo pasiones que llamaron al silencio y al descanso antes del último silencio y del último descanso. ¿Hallaron lo que buscaban? Esas ruinas no lo dirán.

Después de las ruinas del santuario de la paz, vie-

nen los escombros de la mansión de la guerra, bastiones, manteletes, cortinas y torreones demolidos. Las fortificaciones se hunden como los claustros. El castillo estaba emboscado en un sendero escabroso para cerrarlo al enemigo; pero no ha podido impedir el paso al tiempo ni á la muerte.

De Dunkeim á Frankenstein corta el camino un valle tan estrecho, que apenas deja espacio para el paso de un carruaje: los árboles que bajan de las dos pendientes opuestas se juntan y abrazan en la hondonada. Entre la Mesenia y la Arcadia he pasado por valles semejantes, si se exceptúa el hermoso camino. Pan no entendía de puentes y calzadas. Las retamas en

flor y un grajo me trajeron á la memoria la Bretaña: me acuerdo del placer que me causó el chillido de aquel pájaro en las montañas de Judea. Mi memoria es un panorama, en donde vienen á pintarse sobre el mismo lienzo los sitios y los cielos mas diversos, con su sol ardiente ó su horizonte brumoso.

La posada de Frankenstein está situada en una pradera de montañas, regada por un arroyo. El maestro de postas habla francés; su joven hermana, ó mujer, ó hija, es encantadora. Lamentase de ser bávaro; se ocupa en la explotación de bosques, y me parecia un plantador americano.

En Kaiserlantern, adonde llegué de noche, como á Bamberg, atravesé la region de los sueños. ¿Qué veían en sus sueños todos aquellos habitantes dormidos? Si tuviese tiempo, haría la historia de sus sueños: nada me habria recordado la tierra, si dos codornices no se hubiesen contestado de una jaula á otra. En los campos de Alemania, desde Praga á Manheim, no se encuentran mas que cornejas, gorriones y alondras; pero las ciudades están llenas de ruiseñores, curruacas, tordos y codornices, lastimeros presos y presas que le saludan á uno al paso desde los hierros de su prision. Las ventanas están adornadas de claveles, reseda, rosales y jazmines. Los pueblos del Norte tienen los gustos de otro cielo: aman las artes y la música: los germanos vinieron á buscar la viña en Italia; sus hijos renovarían voluntariamente la invasion para conquistar en los mismos sitios aves y flores.

El cambio de traje en el postillon me advirtió el martes 4 de junio en Saarbruck que entraba en Prusia. Bajo la ventana de mi posada vi desfilar un escuadrón de húsares: tenían el aire sumamente animado, y yo lo estaba tanto como ellos: de buen grado habria sacudido á esos señores, no obstante que profesó un vivo sentimiento de respeto á la familia real de Prusia, y que los excesos de los prusianos en París no fueron sino las represalias de la brutalidad de Napoleón en Berlin; pero si la historia tiene tiempo de entrar en esa fría justicia que hace derivar las consecuencias de los principios, el hombre, testigo de los hechos palpitanes, se siente arrastrado por esos hechos, sin ir á buscar en lo pasado las causas de que han nacido y que los disculpan. Mucho mal me ha hecho mi patria; pero, ¿con qué placer le daría mi sangre! ¡Oh! ¡Qué fuertes cabezas, qué políticos tan consumados, qué buenos franceses, sobre todo, fueron esos negociadores de los tratados de 1815!

Algunas horas mas, y volveré á pisar mi tierra natal. ¿Qué habrá de nuevo? Hace tres semanas que ignoro lo que han dicho y hecho mis amigos. ¡Tres semanas! ¡Largo espacio para un hombre, que un momento hace desaparecer; para los imperios, que en tres jornadas se hunden! ¿Y mi prisionera de Blaye, qué habrá sido de ella? ¿Podré transmitirle la respuesta que aguarda? Si la persona de un embajador es sagrada, ninguna como la mia: mi carrera diplomática llegó á ser santa cerca del jefe de la Iglesia, y ahora acaba de santificarse cerca de un monarca infortunado: he negociado un nuevo pacto de familia entre los hijos del bearnés, cuyas actas he llevado desde la prision al destierro y desde el destierro á la prision.

4 y 5 de junio.

Al pasar el límite que separa el territorio de Saarbruck del de Forbach, no se me ha presentado la Francia de una manera brillante: primero un impedido, luego otro hombre que se arrastraba sobre sus manos y rodillas, llevando tras sí sus piernas como dos colas retorcidas ó dos serpientes muertas: en seguida aparecieron en una carreta dos viejas negras, arrugadas, vanguardias de las mujeres francesas. Era

lo muy bastante para haber hecho volver atrás al ejército prusiano.

Pero despues encontré á un soldado joven y gallardo, á pié, con una muchacha: el soldado empujaba delante de sí el carretón de la joven, y esta llevaba la pipa y el sable del militar. Mas allá otra muchacha, que conducía el timón de un arado, y un labrador anciano que agujoneaba los bueyes: mas lejos otro anciano mendigo, que pedía para un niño ciego: mas allá una cruz. En una aldea, una docena de cabezas de niños, á la ventana de una casa sin concluir, se asemejaban á un grupo de ángeles en la pintura de una gloria. Allí se ve una niña de cinco á seis años sentada en el umbral de una puerta de una cabaña: tenía la cabeza descubierta, los cabellos blondos, el rostro sucio: el viento fresco la obligaba á hacer un leve gesto: sus dos hombros blancos salían de un vestido destrozado, y tenía los brazos cruzados sobre sus rodillas levantadas y aproximadas á su pecho: la niña miraba lo que pasaba en torno suyo con la curiosidad de un pájaro: Rafael la habria diseñado; á mí se me pasaban ganas de robársela á su madre.

Al entrar en Forbach se me presenta una colección de perros sabios: los dos mayores iban unidos al carretón de los trajes: otros cinco ó seis, de diferentes colas, hocicos, tamaños y pelajes, seguían el equipaje, cada uno con su pedazo de pan en la boca. Dos graves instructores, uno de los cuales llevaba un tambor grande, y el otro nada, guiaban la banda. Id, amigos míos, y dad la vuelta al mundo, como yo, á fin de aprender á conocer los pueblos. Ocupais vuestro puesto en el mundo tan bien como yo, y sois tanto como los perros de mi especie. Presentad la pata á Diana, á Mirza, á Pax, con el sombrero sobre la oreja, la espada al costado, la cola en forma de trompeta entre los dos faldores de vuestra casaca: danzad por un hueso ó por una patada, como hacemos los hombres; ¡pero no vayais á engañaros á saltar por el rey!

Lectores, tolerad estos arabescos: la mano que los trazó no os hará ya otro mal, porque está seca. Recordad cuando los veais que no son mas que los caprichosos contornos bosquejados por un pintor en la bóveda de su tumba.

En la aduana un viejo dependiente aparentó registrar mi carruaje. Yo tenía preparada una pieza de cien sueldos; veíala él en mis manos, pero no se atrevía á tomarla, á causa de los gefes que le estaban viendo. Quitóse su gorra á pretexto de registrar mejor, y poniéndola en el almohadon delante de mí, me dijo por lo bajo: — «En mi gorra, si gustais.» ¡Oh! ¡Qué gran sentencia, que contiene la historia del género humano! ¡Cuántas veces la libertad, la fidelidad, el afecto, la amistad, el amor han dicho. — «En mi gorra, si gustais!» Daré esta frase á Beranger para estribillo de una canción.

Al entrar en Metz me sorprendió una cosa que no habia notado en 1821: fortificaciones al estilo moderno envuelven las fortificaciones al estilo gótico. Guisa y Vauban son dos nombres que se asocian bien.

Nuestros años y nuestros recuerdos se hallan extendidos en capas regulares y paralelas, á diferentes profundidades de nuestra vida, depositadas por las olas del tiempo, que pasan sucesivamente sobre nosotros. De Metz salí en 1792 la columna que peleó bajo Thionville con nuestro pequeño cuerpo de emigrados. Vuelvo de mi peregrinacion al retiro del príncipe desterrado, á quien servía yo en su primer destierro. Entonces le dí un poco de mi sangre, y ahora vengo de llorar al lado suyo; á mi edad no se tiene mas que lágrimas.

En 1821 Mr. de Tocqueville, cuñado de mi hermano, era prefecto del Mosela. Los árboles, del grueso de una estaca, que Mr. de Tocqueville plantaba en 1820 á la puerta de Metz, dan ahora sombra. Esa es

una escala para medir nuestros días; pero el hombre no es como el vino, y no se mejora contando por hojas. Los antiguos hacían poner rosas en infusion en el Salerno: cuando se destapaba una vasija de un consulado secular, embalsamaba el festin. Aun cuando la mas pura inteligencia se mezclase á antiguos años, nadie querría embriagarse con ella.

No hacia un cuarto de hora que estaba en la posada de Metz, cuando ví venir á Bautista en la mayor agitacion: sacó misteriosamente del bolsillo un papel blanco, en el cual estaba envuelto un sello: el duque de Burdeos y su hermana le habian encargado de ese sello, recomendándole que no me lo diese sino en tierra de Francia. Toda la noche anterior á mi marcha habian estado muy inquietos por temor de que el platero no tuviese tiempo para concluir la obra.

El sello tiene tres caras, en la una habia grabada un áncora: en la segunda se leían las dos palabras que Enrique me habia dicho en nuestra primera entrevista: — Si, siempre, y en la tercera la fecha de mi llegada á Praga. Los dos hermanos me rogaban que conservase el sello por amor suyo. El misterio de aquel regalo y la orden de los dos niños desterrados de no entregarme el testimonio de su recuerdo sino en tierra de Francia llenaron de lágrimas mis ojos. No se apartará el sello de mí jamás, y lo conservaré por amor de Luisa y de Enrique.!

Hubiera querido ver en Metz la casa de Fabert, soldado que fue luego mariscal de Francia, y que rehusó el collar de las órdenes, no remontando su nobleza mas que á su espada.

Los bárbaros, antepasados nuestros, degollaron en Metz á los romanos, sorprendidos en medio de los desórdenes de una fiesta: nuestros soldados han valdado en el monasterio de Alcobaza con el esqueleto de Inés de Castro; ¡desgracias y placeres, crímenes y locuras, catorce siglos os separan, y habeis pasado tan completamente unos como otros! La eternidad principia hace un momento es tan antigua como la que fecha desde la primera muerte, desde el asesinato de Abel. Sin embargo, los hombres, durante su aparicion efimera en este mundo, se persuaden de que dejan en pos de sí alguna huella: ¡oh! si por cierto; cada mosca tiene su sombra.

Despues de salir de Metz crucé por Verdun, en donde fui tan desgraciado y en donde vive hoy la amiga solitaria de Carrel. Costé las alturas de Valmy: no quiero hablar mas que de Jemapes: habria temido encontrar allí una corona.

Chalons me recordó una gran flaqueza de Bonaparte: allí desterró á la belleza. Basta de Chalons, que me dice que aun tengo amigos.

En Chateau-Thierry volví á encontrar á mi Dios; La Fontaine. Era la hora de oraciones; la mujer de Juan no estaba allí, y él habia vuelto á casa de madama de la Sabliere.

Al pasar junto á la pared de la catedral de Meaux, repetí á Bossuet sus palabras: — «El hombre llega á la tumba llevando en pos de sí la larga cadena de sus esperanzas frustradas.»

En París atravesé los barrios que habité con mis hermanas en mi juventud, en seguida el palacio de la Justicia, recuerdo de mi sentencia; luego la prefectura de policía, que me sirvió de prision. Entré al fin en mi hospicio, devanando así el hilo de mis días. El frágil insecto de los rediles baja en la punta de una seda á la tierra, en donde le aplasta el pié de una oveja.

CONSEJO DE CARLOS X EN FRANCIA.—MIS IDEAS ACERCA DE ENRIQUE IV.—CARTA MIA Á LA DELFINA.—LO QUE HABIA HECHO LA DUQUESA DE BERRY.

París, calle del Infierno,
6 de junio de 1853.

Al apearme del carruaje y antes de acostarme, es-

cribí una carta á la duquesa de Berry, dándole cuenta de mi comision. Mi regreso habia puesto á la política en movimiento; el telégrafo lo anunció al prefecto de Burdeos y al comandante de la fortaleza de Blaye; diéronse órdenes para redoblar la vigilancia, y hasta parece que se hizo embarcar á Madame antes del día fijado para su marcha. Mi carta no llegó á S. A. R. por diferencia de horas, y le fue entregada en Italia. Si Madame no hubiese hecho declaracion; si aun despues de esa declaracion hubiese negado las consecuencias de ella; mas aun: si habiendo llegado á Sicilia hubiese protestado contra el papel que se habia visto obligada á hacer para sustraerse á sus carcereiros, la Francia y la Europa habrían creído su dicho, pues tan sospechoso era el gobierno de Felipe. Todos los Judas habrían sufrido el castigo del espectáculo que habian dado al mundo en la sentina de Blaye. Pero Madame no habia querido conservar un carácter político negando su matrimonio: lo que se gana con la mentira en reputacion de habilidad, se pierde en consideracion, y apenas puede defenderle a uno la antigua sinceridad que haya profesado. Si un hombre estimado del pueblo se envilece, no está ya al abrigo en su nombre, sino detrás de su nombre. Madame, con su declaracion, escapó de las tinieblas de su prision: tanto el águila hembra como el águila macho necesitan libertad y sol.

El duque de Blacas me habia anunciado en Praga la formacion de un consejo, del que debía yo ser gefe, con el encicller y el marqués de Latour-Maubourg: segun el duque, iba á ser yo el único consejo de Carlos X, ausente por algunos asuntos. Enseñóseme un plan: la máquina era sobrado complicada: los trabajos de Mr. de Blacas conservaban algunas disposiciones hechas por la duquesa de Berry, cuando esta, por su parte, pretendió organizar el Estado, viniendo inconsiderada, pero valientemente, á ponerse al frente de su reino *in partibus*. Las ideas de aquella mujer aventurera no carecian de sensatez: habia dividido ella la Francia en cuatro gobiernos militares, designado los gefes, nombrado los oficiales, regimentado los soldados, y sin cuidarse de si toda su gente estaba bajo la bandera, se presentó ella misma á llevarla: no dudaba hallar en los campos la capa de San Martín ó la oriflama, á Galar ó á Bayardo. Hachazos y mosquetazos, retiradas á los bosques, peligros en el hogar de algunos amigos fieles, cavernas, castillos, cabañas, escalamientos, todo esto era del gusto de Madame. Hay en su carácter algo de original y seductor, que la hará vivir: el porvenir se apoderará de ella á placer, mal que les pese á personas severas y á sensatos cobardes.

Si los Borbones me hubiesen llamado, les habria llevado la popularidad de que yo gozaba por el doble título de escritor y hombre de Estado. Erame imposible dudar de esa popularidad, porque yo habia recibido las confidencias de todas las opiniones. No se habian limitado á generalidades, sino que cada cual me habia designado lo que deseaba, dado el acontecimiento. Varios me habian revelado su genio y héchome tocar el puesto para que eran propiamente adecuados. Todo el mundo, (amigos y enemigos) me enviaba al lado del duque de Burdeos. Por las diferentes combinaciones de mis opinones y de mis diversas fortunas; por los estragos de la muerte, que habia arrebatado sucesivamente á los hombres de mi generacion, parecia yo el único que quedaba á la eleccion de la familia real.

Podía verme tentado del papel que me asignaban: habia, en efecto, con qué lisonjear mi vanidad en la idea de ser yo, servidor desconocido y rechazado de los Borbones, el apoyo de su raza; de tender la mano en su tumba á Felipe Augusto, San Luis, Carlos V, Luis XII, Francisco I, Enrique IV, Luis XIV; de proteger con mi débil renombre la sangre, la corona

y las sombras de tantos hombres grandes; yo solo, contra la Francia infiel y la Europa envilecida.

Pero para llegar á eso, ¿qué hubiera sido preciso hacer? Lo que hace el talento mas vulgar: adular á la corte de Praga, vencer sus antipatías, ocultarles mis ideas hasta que pudiera desenvolverlas.

Y á la verdad, esas ideas iban lejos; si hubiese yo sido gobernador del príncipe, me hubiera esforzado en ganarme su confianza. Si hubiese aquel recobrado la corona, no le habria aconsejado que la llevase sino para deponerla en ocasion oportuna. Hubiera querido ver á los Capetos desaparecer de una manera digna de su grandeza. ¿Qué dia tan hermoso é ilustre aquel en que, despues de haber realizado la religion, perfeccionado la constitucion del Estado, ensanchado los derechos de los ciudadanos, roto las últimas trabas de la prensa, emancipado á los ayuntamientos, destruido el monopolio, equilibrado de un modo equitativo el salario con el trabajo, robustecido la propiedad contentiendo sus abusos, reanimado la industria, dirimido el impuesto, restablecido nuestro honor entre las naciones y asegurado nuestra independencia contra el extranjero, por medio de fronteras remotas; qué dia tan hermoso aquel en que, llevado á cabo todo eso, mi alumno hubiese dicho á la nacion convocada solemnemente: — «Franceses: vuestra educacion ha terminado con la mia. Mi primer abuelo, Roberto el Fuerte, murió por vosotros, y mi padre pidió gracia para el hombre que le arrancó la vida. Mis antepasados han educado y formado á la Francia al traves de la barbarie; ahora la marcha de los siglos y el progreso de la civilizacion no consienten ya que tengais tutor. Desciendo del trono, y confirmo todos los beneficios de mis padres, desatando de vuestros juramentos á la monarquía!» Digase si este fin no habria sobrepasado á cuanto maravilloso pudiera haber en esta raza. Digase si hubiera podido erigirse templo mas magnífico á su memoria. Compárese, en fin, con el que presentarian los hijos decrepitos de Enrique IV, agarrados tenazmente á un trono sumergido en la democracia, procurando conservar el poder por medios de policia, de violencia, de corrupcion, y arrastrando por algunos momentos una existencia degradada. — «Que hagan á mi hermano rey, decia Luis XIII, siendo niño, despues de la muerte de Enrique IV: que yo no quiero serlo.» Enrique V no tiene mas hermano que el pueblo: hágolo rey.

Para llegar á esa resolucion, por quimérica que parezca ser, seria preciso conocer la grandeza de su raza, no porque descienda de antigua sangre, sino por ser heredero de hombres á quienes la Francia debe su poder, su ilustracion, su civilizacion.

Ahora bien; acabo de decirlo poco há: el medio de ser llamado á poner mano en ese plan habria sido acariciar las debilidades de Praga; criar urracas con el hijo del trono, á imitacion de Luyne; adular á Concini, á semejanza de Richelieu. Habia principiado yo bien en Carlsbad: un pequeño boletin de sumision y de compadrazgo habria adelantado mis asuntos. Enterrarme vivo en Praga habria sido, á la verdad, difícil, no solo porque tenia que vencer las repugnancias de la familia real, sino tambien el odio del extranjero. Mis ideas son odiosas á los gabinetes, porque saben que detesto los tratados de Viena, y haria la guerra á toda costa por dar á la Francia las fronteras necesarias y para restablecer en Europa el equilibrio de las potencias.

Sin embargo, con muestras de arrepentimiento, llorando, expiando mis pecados de honor nacional, dándome golpes de pecho; admirando por penitencia el genio de los fatuos que gobiernan el mundo, tal vez hubiera podido llegar hasta el puesto del baron de Damas: luego, levantándome de repente, habria arrojado mis muletas.

Pero, ¡ay! ¿Dónde está mi ambicion? ¿Dónde mi

facultad de disimular? ¿Dónde mi arte de sufrir la violencia y el fastidio? ¿Dónde mis medios de dar importancia á todo? Tomé dos ó tres veces la pluma principié dos ó tres borradores mentirosos para obedecer á la delina, que me habia mandado escribirle. muy luego, rebelándome contra mí, escribí de una tirada, siguiendo mis ideas, la carta que debia hundirme. Lo sabia muy bien, y calculaba tambien todos sus resultados: poco me importaba. Hoy mismo, que está hecha la cosa, estoy encantado de haber enviado todo al diablo y arrojado mi gobierno por una ventana tan ancha. Quizá se me diga: — «¿Y no podiais manifestar las mismas verdades, enunciándolas con menos crudeza?—Si, si; desliendo, amplificando, dulcificando, titubeando:

«Sus ojos penitentes
tan solo agua bendita es lo que lloran.»

Yo no sé hacer eso.

Véase á continuacion la carta (abreviada, no obstante, en una mitad), que hará erizar los cabellos á nuestros diplomáticos de salon. El duque de Choiseul habia tenido algo de mi humor: asi fue que pasó el fin de su fin en Chanteloup.

CARTA Á LA DELFINA.

Paris, calle del Infierno, 50 de junio de 1855.

«Señora: Los momentos mas preciosos de mi larga carrera son los que la señora delina me ha permitido pasar á su lado. En una oscura casa de Carlsbad es donde una princesa, objeto de la veneracion universal, se ha dignado hablarme con confianza. En el fondo de su alma ha depositado el cielo un tesoro de magnanimidad y religion, que las prodigalidades de la desgracia no han podido agotar. Tenia delante de mí á la hija de Luis XVI, desterrada de nuevo; esa huérfana del Temple, á quien el rey mártir habia estrechado contra su corazon antes de ir á coger la palma. Dios es el único nombre que puede pronunciarse cuando llega uno á abismarse en la contemplacion de los impenetrables consejos de su Providencia.

«El elogio es sospechoso cuando se dirige á la prosperidad: con la delina la admiracion está en su lugar. Lo he dicho, señora; vuestras desgracias han subido á tal punto, que han llegado á ser una de las glorias de la revolucion. Habré encontrado, pues, en mi vida destinos bastante superiores, bastante extraordinarios, para decirles, sin temor de lastimarlos ó de no ser comprendido de ellos, lo que pienso acerca del estado futuro de la sociedad. Puede hablarse con vos de la suerte de los imperios; con vos, que veriais pasar sin sentimiento á los piés de vuestra virtud todos esos reinos de la tierra, de los que varios han caído ya á los piés de vuestra estirpe.

«Las catástrofes que os hicieron su mas ilustre testigo y su mas sublime victima, por grandes que parezcan, no son, sin embargo, mas que los accidentes particulares de la transformacion general que se efectúa en la especie humana: el reinado de Napoleon, que ha conmovido al mundo, no es mas que un anillo de la cadena revolucionaria. Es preciso partir de esta verdad para comprender lo que hay de posible en una tercera restauracion, y qué medio tiene esa restauracion de encajonarse en el plan del cambio social. Si no entrase en él como un elemento homogéneo, seria rechazada inevitablemente de un órden de cosas contrario á su naturaleza.

«Por lo tanto, señora, si os dijese que la legitimidad tiene probabilidades de ser restaurada por la aristocracia de la nobleza y del clero con sus privilegios, por la corte con sus distinciones, por el trono con sus prestigios, os enganaria. La legitimidad en Francia

no es ya un sentimiento, es un principio, en tanto que garantiza la propiedad y los intereses, los derechos y las libertades; pero si quedase probado que no quiere defender ó que es impotente para proteger esa propiedad y esos intereses, esos derechos y esas libertades, cesaria hasta de ser un principio. Cuando se proclama que la legitimidad ha de volver forzosamente, que no se puede pasar sin ella, que basta aguardar para que la Francia venga á pedirle merced de rodillas, se proclama un error. La restauracion puede no reaparecer jamás ó no durar mas que un momento, si la legitimidad busca su fuerza donde no la hay ya.

«Sí, señora: lo digo con dolor: Enrique V podria permanecer siendo un príncipe extranjero y desterrado: jóven y nueva ruina de un edificio ya caído, pero ruina al fin. Nosotros, antiguos servidores de la legitimidad, habremos gastado bien pronto el pequeño fondo de años que nos queda: no tardaremos en descansar en nuestra tumba, dormidos con nuestras añejas ideas, como los antiguos caballeros con sus viejas armaduras, corroidas por el moho y por el tiempo, armaduras que no se modelan ya en el cuerpo ni se adaptan á las costumbres de los vivos.

«Todo lo que militaba en 1789 por la conservacion del antiguo régimen, religion, leyes, costumbres, usos, propiedades, clases, privilegios, corporaciones, ya no existe. Manifiéstase una fermentacion general; la Europa no está mas segura que nosotros; ninguna sociedad está enteramente destruida; ninguna enteramente fundada, todo en ellas está gastado ó es nuevo, decrepito ó sin raiz: todo tiene en ellas la debilidad de la vejez y de la infancia. Los reinos salidos de las circunscripciones territoriales trazadas por los últimos tratados, son de ayer: el amor á la patria ha perdido su fuerza, porque la patria es incierta y fugitiva para poblaciones vendidas á la puja, cambalachadas como muebles de oportunidad, unas veces agregadas á poblaciones enemigas, otras entregadas á dueños desconocidos. Removido, surcado, y labrado así el suelo, está preparado á recibir la simiente democrática que las jornadas de julio han madurado.

«Los reyes creen que haciendo centinela, alrededor de sus tronos detendrán el movimiento de la inteligencia; imaginanse que marcando y señalando los principios, les impedirán su paso en las fronteras; persuádense de que multiplicando las aduanas, los genjarmes, los espías de policia, las comisiones militares, estorbarán que circulen. Pero esas ideas no caminan á pié: van por el aire, vuelan, se las respira. Los gobiernos absolutos que establecen telégrafos, caminos de hierro, barcos de vapor y quieren al mismo tiempo retener á los espíritus al nivel de los dogmas políticos del siglo xiv, son inconsecuentes; progresivos y retrógrados á la vez, se pierden en la confusion que resulta de una teoría y de una práctica contradictorias. No puede separarse el principio industrial del principio de la libertad; es preciso ahogar los dos, ó admitirlos. Donde quiera que se entienda la lengua francesa llegan las ideas con los pasaportes del siglo.

«Ya veis, señora, cuánto importa elegir bien el punto de partida. El hijo de la esperanza, bajo vuestra guarda; la inocencia, refugiada bajo vuestras virtudes y vuestras desgracias como bajo un dosel real, es un espectáculo que no conozco otro mas imponente; si hay alguna probabilidad de triunfo para la legitimidad, en eso estriba toda ella. La Francia futura podrá inclinarse sin descender ante la gloria de su pasado y detenerse conmovida ante esa grande aparicion de su historia representada por la hija de Luis XVI, conduciendo de la mano al último de los Enríques. Reina protectora del jóven príncipe, ejerceréis sobre la nacion la influencia de los inmensos recuerdos que se confunden en vuestra persona au-

gusta. ¿Quién no sentirá renacer una confianza nada comun al ver á la huérfana del Temple velar por la educacion del huérfano de San Luis?

«Es de desear, señora, que esa educacion, dirigida por personas cuyos nombres sean populares en Francia, sea pública hasta cierto punto. Luis XIV, que justifica por otra parte el orgullo de su divisa, hizo gran mal á su estirpe aislando á los hijos de Francia en las barreras de una educacion oriental.

«El jóven príncipe me ha parecido dotado de una inteligencia viva, y deberá terminar sus estudios con viajes á los pueblos del antiguo y hasta del nuevo continente, para conocer la política y no asustarse de las instituciones ni de las doctrinas. Si puede servir como soldado en alguna guerra lejana y extranjera, no debe temerse el exponerle. Tiene el aire resuelto, y parece tener en su corazon sangre de su padre y de su madre; pero si pudiese experimentar alguna vez otra cosa que el sentimiento de la gloria en el peligro, que abduque; sin valor en Francia no hay corona.

«Al verme, señora, extender á un largo porvenir el desarrollo de la educacion de Enrique V, supondreis naturalmente que no le creo destinado á subir tan pronto al trono. Voy á procurar deducir con imparcialidad las razones opuestas de esperanza y de temor.

«La restauracion puede tener lugar hoy, mañana. Hay en el carácter francés cierto matiz tan marcado de aspereza é inconstancia, que es siempre probable un cambio: puede apostar siempre ciento contra uno á que en Francia no durará una cosa cualquiera mucho tiempo: cuando el gobierno parece mejor asentado, entonces se hunde. Hemos visto á la nacion adorar y detestar á Bonaparte, abandonarle, recibirle de nuevo, olvidarle en su destierro, erigirle altares despues de su muerte, y caer luego de su entusiasmo.

«Esta nacion veleidosa, que nunca amó la libertad sino por arranques, pero que idolatra la igualdad; esta nacion multiforme fue fanática en tiempo de Enrique IV, facciosa en el de Luis XIII, grave en el de Luis XIV, revolucionaria bajo Luis XV, sombría bajo la república, guerrera bajo Bonaparte, y constitucional bajo la restauracion: ella prostituye hoy sus libertades á la monarquía llamada republicana, variando perpetuamente de naturaleza, segun el espíritu de sus guías. Su movilidad ha ido en aumento desde que se ha emancipado de los hábitos domésticos y del yugo de la religion. Así es que una casualidad puede ocasionar la caída del gobierno de 9 de agosto; pero esa casualidad puede hacerse esperar: nos ha nacido un aborto; pero la Francia es una madre robusta, y con la leche de su seno puede corregir los vicios de una paternidad depravada.

«Aunque la monarquía actual no parezca viable, temo siempre que viva mas del término que se le pudiera asignar. Desde hace cuarenta años no han perecido en Francia todos los gobiernos mas que por su culpa. Luis XVI pudo veinte veces salvar su corona y su vida: la república no sucumbió sino por el exceso mismo de sus furores; Bonaparte pudo establecer su dinastía: y se hundió desde lo alto de su gloria; sin las ordenanzas de julio, el trono legitimo subsistiria aun. El jefe del gobierno actual no cometerá ninguna de esas faltas que matan: su poder no se suicidará jamás: toda su habilidad la emplea exclusivamente en su conservacion; es demasiado inteligente para morir de una necedad, y no tiene en sí motivos de hacerse culpable de los errores del genio ó de las debilidades del honor y de la virtud. Ha conocido que podria perecer por la guerra, y no hará la guerra: poco le importará que la Francia aparezca degradada á los ojos de los extranjeros: no faltarán publicistas que prueben que la vergüenza es industria, la ignominia crédito.